

# MEMORIA

## DE

# EL COLEGIO NACIONAL

---

Tomo VII

Año de 1952

Nº 7

---

### CONTIENE

*Tomás Mún y su tiempo* por Jesús Silva Herzog.—*El sistema de gobierno en la Colonia* por José Vasconcelos.—*Proyectos internacionales de historia* por Silvio Zavala.—*La historiografía política del México moderno* por Daniel Cosío Villegas.—*Dos comunicaciones* por Alfonso Reyes.—*Vivaldi-Bach* por Carlos Chávez.—*Arte americano* por Carlos Chávez.—Trabajos realizados por El Colegio Nacional durante el año de 1952.—Actividades culturales de los Miembros de El Colegio Nacional.—Toma de posesión de nuevos Miembros Titulares de El Colegio Nacional.



*Mem. Col. Nac., Méx.*

EDICION DE EL COLEGIO NACIONAL  
Calle de Luis González Obregón Núm. 23  
MEXICO, D. F.

M-CMLIII

## ARTE AMERICANO

*Por Carlos CHÁVEZ*

Hace muchos años se viene discutiendo la existencia de un arte americano; es decir, propio de los países de este Continente.

Los primeros europeos, llegados en los siglos xv y xvi, se dieron cuenta y relataron que los pobladores de estas tierras tenían un arte musical propio y bien caracterizado, producto de varios siglos de elaboración tradicional.

Si hoy día vemos y comparamos ambas expresiones musicales, la de los mexicanos precolombinos y la de los españoles venidos a México en el siglo xvi, encontramos semejanzas notorias y diferencias esenciales.

Semejanza notoria en la función social de la música, es decir, en su intervención principalísima en la actividad religiosa y militar y en las ocasiones de regocijo popular, así como en el papel de expresión de los sentimientos de la vida íntima del individuo.

Diferencias, en el equipo instrumental; en las bases escalísticas, armónicas y polifónicas; y, sobre todo, en el grado de adelanto en la composición propiamente dicha de la música.

No es posible dejar de hablar de adelanto, aunque esta idea parezca estar tan a debate en cuestiones estéticas; porque creo que ni los más rígidos oponentes al progreso en el arte podrían negar este punto preciso: en el caso de la composición, es decir, de la estructuración y senti-

do formal de la música, sí ha existido un adelanto progresivo en el curso de la historia.

Es fuerza reconocer que mientras en el siglo xvi europeo se había llegado al inicio de las grandes formas musicales instrumentales y polifónicas, en la música americana de la misma época no se había alcanzado nada equivalente.

Que no se crea que esta observación entraña sentido peyorativo alguno: nó, la música americana era admirable, de gran fuerza e intensidad, de muy elevado sentido rítmico, y de superior sensibilidad melódica, pero no tenía el grado de equilibrio, en la forma, que su contemporánea música europea del siglo xvi.

Durante poco más de cuatro siglos transcurridos, el hombre europeo ha estado viniendo a este Continente, ya sea en plan de conquista o de colonización, y se ha instalado aquí, conviviendo más o menos íntimamente con el nativo. En la América Latina más; en los Estados Unidos, menos. Así se asentó en América, desde hace cuatro cientos de años, la cultura del hombre europeo.

Aunque muchos de los habitantes de América, sobre todo en la América Latina, seamos indios o mestizos, somos herederos directos de la cultura Occidental, tanto como un europeo; no es cuestión de nuestra preferencia, pues no podríamos renunciar a la herencia, aunque quisiéramos. Somos tan dueños y partícipes de la tradición greco-romana, como los greco romanos lo eran del viejo fondo cultural del Oriente, que los nutrió, los formó, los hizo.

Somos, pues, una rama americana de la cultura Occidental.

¿Qué quiere decir esto?

Somos la misma cosa, con un matiz nacional, con un fondo histórico-geográfico propio. Y esto no es distinto de lo que pueden decir los mismos europeos, los belgas, o los finlandeses, o los alemanes, o los españoles, por igual: que son la misma cosa con un matiz nacional.

Importa insistir en esto porque ha habido dos posiciones extremas, a mi entender tan equivocada la una como la otra; la indigenista que quiere hacer de los países americanos países exóticos y aislados, y la hispanista, o extranjerista, que niega o menosprecia el elemento histó-

rico-geográfico del país en favor de un servilismo ciego a otra localidad, España o Francia.

Entre los primeros son conspicuos algunos de nuestros pintores, que se sienten a sí mismos descendientes exclusivos de los *Tlacuilos*, y despotrican contra Grecia y Roma, contra la moderna Francia, aunque tengan un vigoroso cordón umbilical bien conectado con el arte etrusco, con los primitivos italianos, y con Gauguin, Rousseau y Picasso, digamos.

Entre los segundos, son de compadecer los que viven en México, o en Bogotá, sufriendo porque no están en Madrid o en París, y piensan que nuestro mundo, y nuestra gente americana, son atrasados, imperfectos, feos, en una palabra, inferiores.

Nó. La realidad hay que tomarla como es, y tanto mejor mientras más rica y múltiple sea nuestra tradición cultural. Somos tan dueños de nuestros antepasados *Tlacuilos* como de nuestros abuelos renacentistas florentinos. Limitarse es morir. Limitarse es retrasarse; circunscribirse es empequeñecerse. Buscar la originalidad de un arte propio por los caminos de la limitación, es tan suicida como imposible.

El hombre es de todas partes, es dueño de todo su pequeño planeta; apenas empieza a saberse todo lo que el hombre, en cientos de siglos pasados, ha ródado de tierra en tierra. Y ya se sabe hoy, a punto fijo, que el hombre americano, precolombino, era asiático, como asiático, también, fué el hombre originalmente venido a Europa.

No es nuevo en la historia el sentido universalista... el localismo ha existido también siempre, pero las limitaciones han sido, también siempre, hijas de la maldad o de la pequeñez, del temor o de la pobreza de espíritu.

Por esta razón ha sido un error buscar la originalidad del arte americano por los caminos del "nacionalismo" inspirado en el localismo y la limitación. Nó. El hombre americano es tan universal como el que más. Tiene tanto derecho, digamos, a la universalidad, como el de cualquiera otra parte del planeta.

Cada hombre y todo hombre es dueño de todo lo humano.

A partir de los movimientos de independencia política de las naciones americanas, se despertó poco a poco una tendencia, perfectamente

saludable y justificada, de encontrar en el arte, en la música, una expresión propia y original. Así pasó todo el siglo XIX y lo que va del XX, en intentos y discusiones respecto a la forma de alcanzarlo, surgiendo, como la mejor respuesta, la llamada teoría del "nacionalismo musical".

El "nacionalismo musical" es una doctrina que establece la necesidad, o la conveniencia, o que recomienda, que las melodías y ritmos de la música popular se aprovechen en las composiciones de formas musicales superiores, como medio de lograr el establecimiento de un "gran arte" musical nacional.

Pero el nacionalismo que implique limitaciones no llevará a resultados superiores.

La originalidad, por otra parte, no se consigue por procedimientos mecánicos. Por encima de todo, la originalidad, es del individuo.

El arte es, esencialmente, una expresión individual, y, es claro, el individuo es hijo de su colectividad, de su medio, de su tradición.

El fondo tradicional, tanto en el arte como en la ciencia, no ha sido hecho colectivamente por la masa, sino formado en el curso del tiempo por la suma de numerosas, infinitas aportaciones individuales, singulares.

Todo lo anterior viene a plantear una conclusión que, de tan obvia, es casi inútil apuntar, pero que, sin embargo, parece no entenderse con claridad: la gran música de los Estados Unidos, o del Brasil, o de Colombia, lo mismo que la de Italia, o la de Francia, la harán los grandes maestros de esas tierras.

Se trata de un problema de individuos; de individuos dueños de una capacidad singular, especializada, y superior. A mi entender, sólo un sentido universalista podrá producirlos.

Y el estilo vendrá, viene inevitablemente por añadidura.

Las cosas irán llegando a su tiempo: no antes. Los nuevos países americanos, que son muchos y distintos (¡no una sola y pareja tierra americana!) tienen una rica, asombrosamente variada música popular tradicional. Esto es lo primero. Después vendrán los compositores, cuando la cultura general de cada localidad americana vaya haciéndose más recia y segura.